

ESCRITORES BRITÁNICOS EN MÉXICO

Traducción de JORGE BRASH

En la entrevista con Enrique Krauze que publicamos hace once meses, el historiador británico Hugh Thomas anunciaba su propósito de escribir un libro sobre México. Un primer fruto de sus exploraciones es el ensayo que ahora nos ha enviado, un examen crítico de la manera en que un escritor norteamericano (William H. Prescott) y varios británicos

(Joseph Conrad, D.H. Lawrence, Aldous Huxley, Malcolm Lowry, Graham Greene, Evelyn Waugh, Sybille Bedford y Fanny Calderón de la Barca) han visto a nuestro país. Las reflexiones de Thomas desembocan en una breve y emocionada descripción de la vida en la ciudad de México de nuestros días que, creemos, no dejará de sorprender a más de uno.

¿QUIÉNES SON LOS grandes novelistas británicos del siglo? ¿Lawrence, Huxley, Waugh, Greene? No sólo estuvieron todos ellos en México, sino que escribieron al respecto.

Quiero considerar a la luz de mis propios viajes y lecturas a algunos de estos autores, suponiendo que el viajero instruido promedio se preparará para viajar a México leyendo alguna de sus obras pertinentes si no es que todas. Con todo, discutiré empezar mi investigación con un escritor norteamericano, toda vez que su influjo sobre seis generaciones ha sido más profundo que el de cualquier otro hombre en lo que se piensa sobre México. Me refiero, naturalmente, a William Hickling Prescott.

Su *Historia de la conquista de México* apareció en 1843 y tuvo un éxito inmediato. El estilo recuerda al de un Macaulay de Nueva Inglaterra, ese Macaulay que ilustró a los chicos de primaria sobre "quién hizo prisionero a Moctezuma y quién estranguló a Atahualpa". La descripción que hace Prescott de los sitios y paisajes de México fascinó a los lectores de ambos lados del Atlántico durante el siglo pasado. Fue una hazaña notable, dado que Prescott nunca visitó México —por la sencilla razón de que era ciego: quedó tuerto del ojo izquierdo por una migaja de pan que le lanzaron cuando estudiaba en Harvard, y el otro ojo quedó inutilizado a consecuencia de una inflamación de la retina. Esta limitación hace de los pasajes descriptivos de Prescott uno de los más sorprendentes *tours de force* de la literatura: por ejemplo, el párrafo donde describe cómo el viajero moderno puede ver desde la pirámide de Cholula 364 iglesias donde Cortés veía 365 templos.

Comoquiera, *La conquista de México* muestra ahora las marcas del tiempo. Así, la imagen que Prescott da de México antes de Cortés no tiene relación alguna con los hechos establecidos por casi 150 años de posteriores investigaciones arqueológicas. Es significativo que en el índice no aparezcan los términos "olmeca" o —siquiera— "maya". Y aunque la descripción que hace Prescott del viaje de Cortés desde Veracruz a la ciudad de México es maravillosa, no se menciona la primera conversación entre el conquistador y Moctezuma en una calzada cercana donde actualmente se encuentra la iglesia de San Antonio Abad. Tal conversación se puede considerar

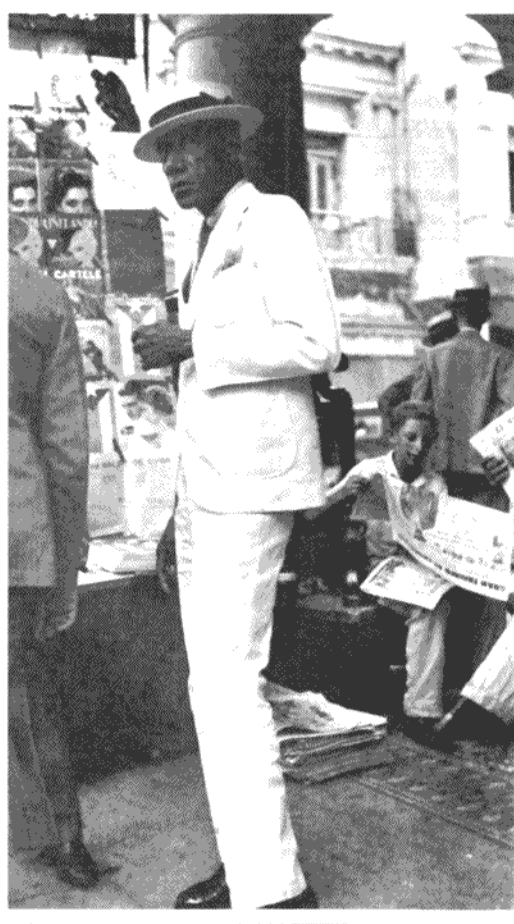
como la más extraordinaria de la historia y, naturalmente, fue traducida por los intérpretes. Ello se debe a que ni Prescott ni historiador alguno del siglo XIX, como tampoco muchos historiadores del siglo XX, parecen conocer los testimonios aztecas reunidos y consignados por franciscanos como Sahagún y Motolinia (y recientemente puestos al alcance del público en general por Miguel León Portilla en *La visión de los vencidos*).

El libro de Prescott siempre será digno de lectura por su estilo y por el efecto que tuvo en los lectores que a lo largo de los años han querido saber sobre México; sobre todo, quizá por el efecto que tuvo en los soldados norteamericanos que invadieron México tan sólo tres años después de publicada



la *Conquista*... Algunos oficiales llegaron incluso a escribirle a Prescott diciéndole que habían usado su libro como guía. Otros llevaron el entusiasmo que les produjo el libro al grado de conferirle a su expedición la exaltación que, según Prescott, experimentaban los soldados de Cortés. Durante la guerra, toda embarcación norteamericana llevaba su ejemplar de la obra. Pero no podemos negar que actualmente, en 1989, la conquista de México necesita urgentemente del tipo de nueva obra que el secretario de la Real Sociedad Geográfica ha previsto para suplir la de Prescott sobre la conquista del Perú, que, como se reconoce, no es de tanto mérito.

Entre los novelistas de este siglo que pueden influir en el visitante inglés está, en primer lugar, Joseph Conrad, quien le cuenta a un corresponsal que ha estado en dos puertos del Golfo de México, cuyos nombres para él "no vienen al caso". También refiere haber escuchado la historia de un hombre que sin ayuda alguna robó una gabarra llena de plata en 1875 o 1876 cuando estaba en el Golfo de México, acontecimiento que forma el núcleo de *Nostromo*; allí mismo se desarrolla



la historia original de "Ricardo" en *Victoria*. Pero, en cualquier caso, ninguno de esos libros es sobre México.

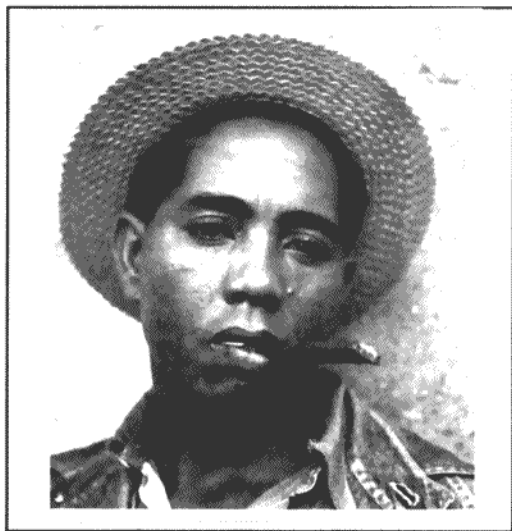
Más provechoso nos será el examen de D.H. Lawrence, cuya novela *La serpiente emplumada* goza de tanto renombre, cuyas impresiones de viaje, *Mornings in Mexico*, se admiran tanto y cuyos cuentos, uno o dos de ellos, como *The Woman who Rode Away*, se sitúan también en México. Lawrence pasó en total unos diez meses en México en tres visitas consecutivas entre 1923 y 1925. Dos de ellas las hizo con su esposa Frieda y una con el pintor danés Kai Gotsche. Estuvo casi tres meses en la ciudad de México, aproximadamente el mismo tiempo en Chapala y unos cuatro meses en Oaxaca. El borrador de *La serpiente emplumada* fue escrito en Chapala y reescrito en lo que Lawrence consideraba los alrededores más bárbaros de Oaxaca, donde escribió *Mornings in Mexico*.

Las opiniones de Lawrence sobre México cambian sin ton ni son. Su inconsecuencia es patente en una serie de cartas que escribió en un sólo día de abril de 1923: en la mitad dice que está cansado del país y desea volver inmediatamente a Inglaterra; en la otra mitad piensa en quedarse todo el verano.

Lo mismo en otras cartas, en las que a veces insiste en que "hay algo bueno en México que abre las compuertas del alma"; y a veces en que México es una "tierra seca y terrible", un "país negro" de "indígenas desconfiados", y de "crueldad sin límite". Al final habría de triunfar en el ánimo de Lawrence este sentimiento profundamente hostil, debido en parte, sin duda, a que contrajo tuberculosis, así como disentería y paludismo. Por otro lado, deja que Kate, su heroína de *La serpiente emplumada* se quede en México y participe de lleno en la resurrección de la religión azteca a pesar de la aversión que ella siente por esa gente "piojosa y abyecta".

Pero la experiencia de Lawrence en México y con los mexicanos en realidad fue más limitada de lo que parece a primera vista. Pasó la mayor parte de su tiempo con expatriados anglosajones. Su único amigo mexicano fue el futuro diplomático Luis Quintanilla. Aunque era políglota y aprendió suficiente español como para leer los periódicos, Lawrence no





parece haber estado al tanto de la vida intelectual (que florecía apenas pasada la revolución). Odiaba a los muralistas que, precisamente en la época de su llegada a México, habían tenido la gran oportunidad que les ofreció José Vasconcelos, entonces Secretario de Educación. (Vasconcelos invitó a almorzar a Lawrence, pero tuvo que cancelar la invitación a última hora debido a una repentina junta del gabinete. Al día siguiente Lawrence se esfumó y no asistió a la nueva cita.)

Su propia experiencia de México era también limitada. Nunca visitó Yucatán, nunca vio las grandes ciudades coloniales del centro, como Morelia y Guanajuato, como tampoco parece haber estado nunca en una hacienda en plenas funciones.

En cuanto a *La serpiente emplumada*, no haré aquí ningún juicio sobre sus indudables méritos literarios, ni me ocuparé de por qué Lawrence tenía un deseo tan vehemente (véase *The Woman who Rode Away* y *None of that*) de hacer sufrir a las mujeres anglosajonas por los pecados de su raza. Lo que me interesa es su visión de México. Y sólo tengo dos cosas que decir: la primera, que hay en estos escritos descripciones excepcionalmente vívidas y veraces del paisaje; y la segunda, que esa abrumadora impresión de que la religión azteca sigue viva entre los indígenas de México, es falsa.

Sobre este último aspecto, cito al doctor Manuel Gamio, famoso arqueólogo mexicano.

Antes de venir a México Lawrence debe haber leído seguramente paisajes de mitología precolombina, pues atribuye a Ramón, Cipriano y otros personajes de su novela conceptos relativos a Huitzilopochtli y Quetzalcóatl, a pesar de que los nombres de estos dioses se han dividido y son desconocidos para el pueblo de México; sólo los conocen los historiadores y arqueólogos especializados. Es verdad que existen numerosos elementos supervivientes de la cultura precolombina entre el pueblo, pero no en la forma que refiere Lawrence... Entre los muchos grupos indígenas que han vivido en contacto con los blancos existen muchos elementos supervivientes de la época precolombina, pero



no de naturaleza mítica... no existe memoria concreta alguna de Huitzilopochtli, Quetzalcóatl y otras deidades. No obstante, creo que el gran intelecto de Lawrence, la penetración de sus ideas así como su capacidad para manejar las situaciones y el lenguaje hacen que este libro sea una novela sumamente original.

Estas amables palabras son típicamente mexicanas. (¡Cortés como un indio mexicano!', escribía con admiración un viajero del siglo xvii.) Me imagino cómo trataría la crítica inglesa al novelista mexicano que describiera el renacimiento del culto a Woden situándolo en Kent en pleno siglo xx.

La región en las inmediaciones del lago de Chapala, donde transcurre gran parte de la acción del libro de Lawrence, antes de Cortés no estaba bajo el dominio de los aztecas sino bajo el de los tarascos, quienes nunca se sometieron a Moctezuma ni a sus antepasados. Lawrence dio a los aztecas, desde



la literatura inglesa, un triunfo que nunca obtuvieron en la historia.

Ustedes recordarán que Lawrence aparece como Mark Rampion en *Point Counter point*, la novela de Aldous Huxley, quien llegó a conocer muy bien a Lawrence a finales de los años 20 en Italia. En 1933 los Huxley alcanzaron a Lawrence en México. La novela de Huxley *Beyond the Mexique Bay* —el título proviene de un verso de Marvell y sugiere el lugar más remoto que podía imaginarse un poeta de Cambridgeshire en el siglo XVII— trata sobre todo de Guatemala. Pero hay casi un centenar de páginas sobre el mes que Huxley pasó en México, llenas de interés.

Huxley llegó en un bote desde Guatemala, desembarcó en un puercecito de la península de Tehuantepec, viajó en coche y mula a Oaxaca, paró en una hacienda cafetalera, conoció a hombres de letras en la ciudad de México, aun cuando su conversación tenía que hacerse en francés, y tuvo la desagradabilísima experiencia de ser balaceado por un borracho en una cantina de Ejutla, cerca de Oaxaca. Huxley vio y apreció con ojos educados algunas de las grandes iglesias barrocas que no sólo se cuentan entre las glorias de México, sino que dan prueba de la colaboración entre los artistas indígenas y los obispos arquitectos españoles del siglo XVII.

Con todo, algunos de los juicios de Huxley parecen no ser mucho mejores que los de Lawrence: mitad tímidos, mitad condescendientes. Así, en Miahuatlán, nos enteramos de "el brillo de serpiente en los ojos de indígenas"; y camino de Oaxaca hay un paisaje "que, con ser magnífico, contemplamos con vértigo en el corazón: hay algo profundamente aterrador en esta inmensa indefinición del escenario mexicano".

¿Por qué —me pregunto— a Aldous Huxley, como a Graham Greene unos años después, le disgustaban tanto los quioscos de los parques pueblerinos?

Si descontamos la breve visita que en 1935 hizo, por razones de trabajo, Harold Nicolson (su propio biógrafo, curiosamente,

lo hace despertarse en Cuernavaca estimulado por el fuerte aroma de la belesa, que no tiene aroma), el siguiente escritor inglés es Malcolm Lowry, que llegó a México con su primera esposa en octubre de 1936 y partió, hecho una piltrafa, sin ella, veinte meses más tarde, en julio de 1938. Durante ese periodo, Lowry empezó y concluyó la primera versión de su gran estudio sobre la embriaguez, *Bajo el volcán*, que no se publicó hasta 1947. Como en *La serpiente emplumada*, hay en esta aterradora novela algunos maravillosos pasajes sobre la naturaleza y otras brillantes observaciones.

Bajo el volcán presenta una áspera visión de México. Es casi como si su autor culpara a México por producir el alcohol tan barato y fácil de conseguir. El trágico alcohólico que es la figura central de la novela se basa, naturalmente, en el propio Lowry puesto que, aunque mucho más viejo que el autor y cónsul en el servicio exterior, evidentemente es un alcohólico educado en Cambridge (Lowry vino de Cats en 1932), con lo que Lowry llamaba una "Kings parade voice". (Me preguntó cómo habrá vertido esta expresión Raúl Ortiz, el brillante traductor de Lowry al español.) Así pues, aunque este libro parece tratar sobre el mezcal, el tequila y el pulque, bien pudo hacerlo —toda vez que Lowry muere en Rippe, Sussex— sobre la ginebra, de no haber sido porque el movimiento en pro de la abstinencia hizo que el precio de esta bebida se elevara demasiado en Inglaterra.

De alguna manera, la experiencia de Lowry sobre México fue tan limitada como la de Lawrence. La mayor parte de sus veinte meses en México los pasó en Cuernavaca, y *Bajo el volcán* es una buena descripción de lo que hace allí la gente, sobre todo los extranjeros. Comoquiera que sea, a pesar de ser una ciudad adorable, de tener hermosos jardines, de su papel en la vida de los capitalinos los fines de semana, Cuernavaca no es más representativa de México que, digamos, Henley de Inglaterra. El hecho de que tenga una estatua de Cortés demuestra su excentricidad. Es la única en México.

Lowry conoció también la ciudad de México y visitó Oaxaca así como varios lugares cercanos a Cuernavaca. Pasó algunas semanas perdidas en Acapulco, pero parece que sólo tuvo un amigo mexicano, Juan Fernando, cuyo trabajo consistía en llevar dinero del Instituto de la Reforma Agraria a diversos ejidos. Por lo demás, su trato con los mexicanos se limitó a la gente que encontraba en los bares, a sus doctores, los agentes de la policía que los arrestaron y algunos oficiales que lo ayudaron a salir del país.

Mientras Lowry estaba en México, llegó Graham Greene. No llegaron a conocerse. El viaje de Greene duró unos dos meses. De allí salió el impulso para escribir dos libros: *Lawless Roads*, un libro de viajes que describe más o menos lo que le pasó en México; se publicó en 1939; y *The Power and the Glory*, que acaso sea la novela más famosa de Greene: se publicó en 1940. La mayor parte de la gente de letras, si se me permite usar la expresión, probablemente la haya leído, aunque quizá no hasta los años 50, cuando se volvió mundialmente famosa gracias a la favorable crítica de François Mauriac.

El propio Greene llegó a decir que el libro le había dado más satisfacciones que cualquier otro que hubiera escrito. El autor ha expresado de maneras un tanto contradictorias, en dos ocasiones, lo que se proponía al escribirlo: primero, trataba de "escribir un estudio sobre la persecución religiosa [en México], a la sazón en su etapa final"; segundo, consideraba la novela como un intento de "entender un fenómeno religioso permanente: la función del sacerdocio. Estaba mucho más interesado en el aspecto teológico que en el religioso".

The Power and the Glory aún puede leerse como una excelente novela. Describe la maldad, la debilidad, el valor, la indiferencia y la santidad de manera notable. Su relectura me hizo recordar lo original que puede ser su escritura a menudo. Como en el caso de las novelas que ya he mencionado, de Lawrence y Lowry, tiene espléndidos fragmentos sobre el paisaje y otras interesantes observaciones. Pero, con todo y ser una buena novela, no parece ser un buen libro sobre México. Aun el trasfondo sobre la persecución de la iglesia está mal realizado, tanto como para irritar a un tiempo a la iglesia y al gobierno. La novela pretende, como ustedes recordarán, ser de carácter histórico, situándose en los años 1927 y 1928. Pero en ella no se menciona, ni siquiera se sugiere, que tales fueron los años de la guerra cristera en México. Aunque Greene haya elegido situar la acción de su libro en dos provincias que no estaban directamente afectadas por ese conflicto, tal olvido resulta bastante extraño. La explicación de las fallas históricas, no las literarias o artísticas, puede hallarse tal vez en *The Lawless Roads*. Por este libro podemos ver que el español de Greene era pobre. Como Lawrence, no tuvo tiempo de observar la vida intelectual mexicana. Viajó solo y parece haber conocido a pocos mexicanos aparte de "el último de los caudillos", el general Cedillo.

Además, como lo señaló Evelyn Waugh en su reseña de *The Lawless Roads*, Green "no ocultaba el hecho de que México le disgustaba". "Nunca he estado en un país en el que esté uno tan consciente del odio", puntualizaba y, en una edición posterior de *The Power and the Glory*, afirmaba que para cuando dejó el país había desarrollado un disgusto tal hacia México que incluso una prisión inglesa [a la que tenía ser enviado debido a un juicio pendiente por difamación] habría sido para él un alivio. "Lo malo", continúa Waugh en esa reseña, "es

que Inglaterra también le disgusta". Y era verdad. Sean O'Faolain pasaba una vez por un apacible pueblo de Hertfordshire, en un escenario pastoral, y de pronto cobró conciencia de que esa era la ciudad supuestamente odiosa que anatematizaba Greene en la introducción de *The Lawless Roads*.

Desde 1940 ha habido muchas ediciones de *The Power and the Glory*. En ninguna de las que he podido ver se da la menor noticia de que en la campaña presidencial mexicana de 1940, año en que se publicó el libro, el candidato victorioso Ávila Camacho haya sido persuadido a admitir (por su madre, según me lo aseguró su sobrina) que "yo también soy creyente".

En 1989, el paisaje de la novela de Graham Greene ha cambiado considerablemente. Villahermosa es ahora una ciudad agradable con bella arquitectura nueva y un parque magnífico, y Palenque es considerada una de las maravillas del mundo. Pero desde 1940 e incluso antes la iglesia ha estado en una incómoda situación pues no se la ha reconocido como entidad legal. El pasado diciembre yo mismo pude ver, desde mi asiento en la última fila del congreso mexicano, la llegada, por primera vez en la historia de México, de cinco obispos a la toma de posesión del nuevo presidente. Unos minutos después escuché al presidente recién electo decir en su discurso: "y la iglesia", aludiendo a ella como a un sector en sus esfuerzos para rejuvenecer el país. Fue la primera vez, desde el decenio de 1850, que un presidente reconociera oficialmente que la iglesia existe.

He mencionado ya a Evelyn Waugh y no puedo dejar de decir unas cuantas palabras sobre su olvidado libro acerca de México, *Robbery Under Law*. Waugh escribió este libro a invitación de Clive Pearson, hermano de Lord Cowdray, que quería que un autor reconocido escribiera un libro en que se denunciara el régimen del presidente Cárdenas, quien acababa de nacionalizar la industria petrolera. Así que Waugh visitó México durante agosto y septiembre de 1938.

Al parecer no quedan mayores testimonios de tal visita. No hay notas en el diario y sólo hay una carta (a Henry Greene). Esta falta de material debe ser la razón de que Carlos Fuentes, en México, me asegurara que en realidad Waugh nunca estuvo en México y escribió sus notas de viaje en la Biblioteca de Londres, como una versión moderna de Madame d'Aulnoy, cuyo viaje a España se construyó totalmente a partir de los viajes de otros. Lamento tener que contradecir esta versión. Waugh nos dice que en México tuvo, a diferencia de Greene, "adorable compañía". No he podido precisar adónde fue Waugh en México. No hablaba español y su biógrafo nos dice que, cuando él y su esposa quisieron saber qué pasaba durante la crisis de Munich, compraron los periódicos y "se pusieron a descifrar los textos en español", ¡como si se tratara de antiguos códigos mayas!

Después Waugh se mostraba más bien avergonzado de *Robbery under Law*, y fue éste el único de sus libros de viaje de los años 30 del que excluyó cualquier extracto para su colección de postguerra, *When the Going was Good*. *Robbery under Law* es, sin embargo, valioso como polémica contra el gobierno del presidente Cárdenas. Pues el grave asunto de la nacionalización de la industria petrolera mexicana podría aún ser de actualidad debido, nuevamente, a los acontecimientos que se respiraban cuando estuve en México. Paraba yo en el mismo hotel en que estuvo Waugh: el encantador y céntrico hotel Ritz, administrado por una familia y con un carácter

muy diferente a lo que podría uno esperar de su nombre. Una agradable mañana, caminando por la calle Madero rumbo a la Alameda, vi de pronto una procesión de hombres y mujeres muy disgustados que se acercaban a grandes pasos. Resultó ser la manifestación de protesta por el arresto de La Quina, que había ocurrido esa mañana. Durante semanas enteras la prensa mexicana estuvo repleta de historias sobre la mal habida riqueza de La Quina y de los treinta y seis o treinta y siete líderes del sindicato que fueron arrestados con él. ¿Fue en *Decline and Fall* de Waugh, o en el periódico *Excelsior* donde leímos sobre los tres millones de dólares en joyas, principalmente anillos y relojes, que se hallaron en la cajuela del automóvil de líder sindical? Fue en el segundo.

Me consuela decir, según me aproximó al final de estas desordenadas reflexiones sobre libros de nuestros paisanos, que hay dos que puedo recomendar sin reservas. Y digo con timidez "de nuestros paisanos" porque se trata en ambos casos de mujeres y una de ellas nació en Escocia. Los libros son *A visit to Don Otavio* de Sybille Bedford y *Life in Mexico* de Fanny Calderón de la Barca. Sibille Bedford pasó varios meses en México a fines de los años 40, conoció allí a mucha gente, visitó las grandes ciudades del centro, lo que no parece haber hecho ningún otro viajero inglés de mi lista, y permaneció por mucho tiempo en una hacienda un tanto venida a menos a la que llama El Dorado, a orillas del lago Chapala: nada lejos de la casa que rentó D.H. Lawrence.

Pero el Chapala de Sybille Bedford y el de D.H. Lawrence son tan distintos como el agua y el aceite. Pues la primera capta brillantemente —y la visita a la hacienda es el corazón del libro— el carácter de la clase alta de mexicanos criollos, toda su generosidad, espíritu hospitalario y tranquila resignación en su momento crítico entre lo que podría llamarse la decadencia y la recuperación. Tal vez ustedes me digan que es una clase que no merece conmemoración. Ese es otro punto de vista. Y muchos lo sostienen. Habiendo estado yo mismo este año en otra hacienda, que también se regocija con el mágico nombre de El Dorado, en Sinaloa, me hice la firme convicción de que negar tal oligarquía, con una capacidad comprobada durante tanto tiempo para renovarse y sobrevivir, podía ser un grave error de juicio.

El libro de Fanny Calderón se basa en las cartas que ella escribió cuando visitó México como esposa del ministro español. Habiendo nacido en Edimburgo, de familia netamente escocesa, estaba bien preparada para sobrevivir a las muchas y espeluznantes experiencias que ella y su esposo tuvieron en sus prolongados viajes por México. Sobrevivió a la revolución en la ciudad de México, escapó a los bandidos, cruzó ríos en creciente en remotos desfiladeros e incluso recibió la visita del gabinete mexicano en pleno, que llegó a suplicarle que no fuera a usar (como ellos se temían) un vestido poco delicado en un baile de gala.

(Prescott convenció a Fanny Calderón de publicar sus notas en 1843, el mismo año en que apareció su propio libro. Es lamentable e incomprensible que la magnífica edición completa de este maravilloso libro, editado en Estados Unidos por Howard y Marion Fisher en 1966, nunca haya aparecido en el Reino Unido.)

Entre todos los libros publicados sobre México en el siglo XIX, me parece que éste es el único con probabilidades de sobrevivir. Fanny Calderón vivió una vida mucho más plena

en México incluso que Sybille Bedford. Asistió a muchas comidas, conversó con cientos de personas cultas de todas las edades y pasó mucho tiempo visitando monasterios y conventos, cuyas propiedades abarcaban la mitad del país —hecho que en gran parte explica la virulencia del subsecuente anticlericalismo mexicano.

Para concluir, he decidido hablar un poco sobre la ciudad de México. Pero, para bien o para mal, la mayoría de la gente vive ahora en las ciudades, y hasta los viajeros de las selvas más recónditas han de pasar por capitales como la de México.

¡Qué ciudad extraordinaria y maravillosa!

No estoy bromeando. Naturalmente, sé que tienen la peor contaminación del mundo, sé por mí mismo que uno puede permanecer en un embotellamiento de tránsito y llegar con retraso de dos horas a comer, sé que la pobreza de los cinturones de miseria es apabullante, que se cometen dos homicidios por minuto y que existen algunos ejemplos atroces de edificios modernos del peor gusto. Y a pesar de todo, en esta capital de un país de grandes ciudades hay toda clase de experiencias históricas, en cuanto a arquitectura y, ciertamente, la vida —la vida en su más amplio sentido—. Sólo en Roma, Atenas y Pekín puede haber una yuxtaposición semejante de edificios de diferentes épocas como la que se encuentra en México cuando pasa uno de la Catedral a las ruinas del Templo Mayor, que se encuentran justo al lado. Si se tiene suerte, puede irse en quince minutos de la sede de la Inquisición del siglo XVIII al Museo de Antropología, que es uno de los mejores recordatorios en el mundo de la belleza de la arquitectura moderna en su máximo esplendor.

La vida social de la ciudad de México, en San Ángel o Las Lomas, me parece en muchos sentidos más auténticamente cosmopolita que la de Londres. Los mexicanos que han viajado tienen al parecer verdadero cariño por las ciudades europeas que conocen —sobre todo por París— lo que hace que nuestras protestas anglosajonas de que quienes vivimos en esta isla somos europeos parezcan huecas.

Pero sobre todo, ¡vaya un triunfo! "¿Qué podremos hacer con estas ciudades enormes?" se preguntaba Lord Liverpool de Chateaubriand, "¿un paso en falso y estamos perdidos!" Pero eso era en 1823, cuando Londres tenía una población de aproximadamente un millón, la misma que México en época de Aldous Huxley. Ahora México tiene más de veinte. Sin embargo, la mayoría de la población disfruta de electricidad y agua potable, transporte público, educación y servicios hospitalarios, y uno puede ver a muy poca gente sin zapatos, lo que no podía decirse cuando D.H. Lawrence estuvo allí en el decenio de 1920. Dudo mucho de que la autoridades de una ciudad de cualquiera de los países supuestamente avanzados, de haberse enfrentado con los mismos problemas, incluido un incremento de veinte veces en su población, pudieran estar seguras de haber afrontado la situación con tanto éxito como las responsables de la ciudad de México durante las últimas dos generaciones.

Pasé mucho tiempo caminando alrededor del Centro Histórico, el corazón de la vieja ciudad virreinal, cuando estuve en México, viendo los palacios e iglesias. Lo hice en las primeras horas de la mañana. El embajador británico me advirtió que eso era malo para mi salud. De cualquier manera, si uno de mis próximos libros se llama *Early Mornings in Mexico*, ustedes ya sabrán a qué se refiere.